



*HUEVOS ASADOS: AFRODISÍACO PARA EL MARIDO DE CELESTINA*

Miguel Garci-Gómez  
Duke University

Es la ironía un recurso literario tan sutil que se presta a ocasionar graves problemas interpretativos. Y es que el ironista depende en gran manera, para su comprensión, del reconocimiento del lector. El que "por vituperio dice alabanza"--por usar la expresión de don Enrique de Villena --, corre el riesgo de que al final el favor prevalezca en la estima del oyente. Pocos pasajes de la literatura universal podrían aclarar esta proposición mejor que el del auto I de *Celestina*, donde Pármeno entona un himno grotesco al renombre de la "puta vieja alcoholada" (I, 68-69).<sup>2</sup>

Con el fin de disuadir a Calisto de entrar en tratos con Celestina, Pármeno se deja arrebatar de una vigorosa inspiración y prorrumpe en un exaltado y estridente himno cósmico, en el que hombres y animales, bestias domésticas y salvajes, anfibios y aves, seres animados e inanimados entonan el nombre de "puta vieja." Los instrumentos de la amalgamada orquesta los componen yunques, calderos, martillos, sierras, telares, peines, azadones y arados. Los cantores del coro son perros que ladran, aves que graznan, ovejas que balan, asnos que rebuznan, ranas que croan. El concierto--desconcerto--resuena en las huertas, en los campos de labranza, en los viñedos, en los talleres, en los casinos, entre el regocijo de los convites y los llantos del velatorio; pues Celestina,

si entre cient mugeres va e alguno dice: iputa  
vieja!, sin ningún empacho luego buelve la cabeça  
e responde con alegre cara.

Ella es la puta por antonomasia, y de ello se enorgullece.

No hay en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* un pasaje más rítmico en su lenguaje, más musical en sus imágenes, más vigoroso en sus sugerencias. La sátira contra la "puta vieja alcoholada" no podía ser más artística, más punzante; pero al final, el favor prevalecería en la estima de Calisto (para una mayor ironía), que postrado suspiraría:

Desde aquí adoro la tierra que huellas [Celestina]  
e en reverencia tuya beso. (II, 91)

El cántico suena a parodia, con superación del modelo, de alguno de los *Salmos* (cf. por ejemplo *Salmos* 148). El estridente concierto es todo un interrumpido crescendo hasta el fortísimo final:

Todas las cosas que son hacen a do quiera  
que ella está, el tal nombre representan.

Y de pronto, aquí, hay un enmudecimiento de orquesta y coro. El auditorio deja de oír, y ante su vista se presenta una imagen un tanto desconcertante:

¡O qué comedor de huevos asados era su marido!

Se quebró el hilo de la narración, para que resaltara más la imagen que sin duda constituía el climax de la gradación. Se calló la orquesta, y nos cogió de sorpresa ver al marido de la "puta vieja" de director de aquella barahunda. Seguidamente sonaban las notas del último compás:

Qué quieres más, sino, que si una piedra  
toca con otra, luego suena iputa vieja!<sup>3</sup>

Putas verdaderamente excepcional debió ser Celestina cuando aun de vieja subyugaba lujuriosamente a su propio marido; pero es que, como dijo también Sempronio de ella: "A las duras peñas promouera e prouocará a luxuria" (I, 59).

La frase "comedor de huevos asados" ha resultado, al parecer, enigmática a los críticos que de ella se han ocupado con cierta detención: Joseph E. Gillet, "'Comedor de huevos' (?)" (*Celestina: Auto I*), *HR*, 24 (1956), 144-47, y Peter B. Goldman, "A new interpretation of 'comedor de huevos asados' (*La Celestina*, Act I)," *RF*, 77 (1965), 363-367.

Este último extrae la expresión de su contexto para analizarla en la corriente de ciertas prácticas judaicas o ritos de lamentación, en los que era costumbre comer huevos cocidos o asados.<sup>4</sup> En tal interpretación el marido no se uniría al grotesco cortejo que aclamaba a la "puta vieja." Por el contrario, su papel era el de víctima afligida y pesados del oficio de su mujer. Con ello, en el himno se daba entrada a un criatura que no se dejaba arrastrar por el omnímodo poder e irresistible hechizo de Celestina, con lo que de cierta forma perdía relieve su colosal figura. Téngase en cuenta que los textos que Goldman nos presenta son todos de carácter religioso y místico, faltando en su explicación el eslabón que pudiera conectarlos de alguna manera con el pasaje de Pármeno, satírico y de bajísimo fondo. Pero el fallo mayor, sin duda, es que en la literatura --y en la vida-- carece de precedentes --y de credibilidad-- el marido de la prostituta que se pasa la vida lamentando el oficio de su consorte.

Existe, sí, el marido de la cortesana en la literatura. Por lo general se nos pinta con el papel de parásito, como en las *Sátiras* de Juvenal y en los *Epigramas* de Ausonio,<sup>6</sup> o como chulo, alcahuete en lenguaje de *Las Siete Partidas*, del que dicen: "home ... tan vil que él mismo alcahuetea a su propia muger" (Part. 7, tít. 22, l. 1). Y es que no se concibe --ni se le obliga-- que ningún marido aguante al lado de la coima, si no es como cómplice de su carnal comercio.

J. E. Gillet había dado con anterioridad otra explicación de "comedor de huevos asados" un tanto más a tono con la tesitura del contexto. Para él, el marido de Celestina comería huevos para poder satisfacer las exigencias eróticas de su mujer: "one might infer that Celestina's *marido* was greatly in love with her and eager to demonstrate it, a further proof, perhaps, of her overwhelming popularity" (p. 145). La obvia timidez del aserto es consecuencia de la falta de documentación donde apoyarlo; y es que el autor no estaba tan interesado en aclarar lo de "comedor," como en justificar y popularizar una tardía y forastera variante: *comendador* o *encomendador de huevos asados*.<sup>7</sup>

Los *huevos asados* no eran interpretados por J. Gillet como afrodisíaco o estimulante del apetito venéreo, sino más bien como reconstituyentes tras los excesos eróticos: "The restorative effects of eggs might easily be called for after erotic excesses" (p. 145). Y, sin embargo, a continuación cita un texto de Alarcón, donde los huevos se asocian a las cantáridas, uno de los más potentes y populares afrodisíacos:

no he visto tal ardor,  
ni aun en la noche primera,  
habeis bebido cantáridas  
huevos con sal y pimienta.<sup>8</sup>

Que quisiera decirnos Pármeno que los huevos eran nutritivos y reconstituyentes, sería una perogrullada, y como tal debilitarían la cuidada gradación de las imágenes. Que aludiera a los huevos como afrodisíaco, cuenta con una larga y fehaciente tradición literaria, entre medicinal y supersticiosa, y como tal venían a rematar vivazmente la gradación climática. Entre otros, recomendaban expresamente los huevos, por su virtud afrodisíaca, Ovidio (*Ars amandi*, 2, 415 ss.), y el enciclopedista Plinio el Viejo (*Historia naturalis* 30, 49), que dice: "Venerem concitant ... Passeres in cibo vel ova eorum."

Era, empero, entre los árabes que los huevos gozaban del mayor prestigio como afrodisíacos. Recoge tales creencias el tunecino Al-Nefzaoui (entre 1394-1433) en su obra--en traducción inglesa--*The Perfumed Garden* (New York, 1964); el último capítulo se titula: "Forming the Conclusion of the Work, and Treating of the Good Effects of the Deglutition of Eggs as Favourable to the Coitus" (p. 248). A los más exigentes les recomendaba el autor la siguiente receta: "A man who wishes to copulate during a whole night ... may have recourse to the following recipe: He must get a great number of eggs, so that he may eat to surfeit, and fry them with fresh fat and butter; when done he immerses them in honey, working the whole mass well together. He must then eat of them as much as possible with a little bread, and he may be certain that for the whole night his member will not give him any rest" (p. 149).<sup>9</sup>

El autor del auto I de *Celestina*, en el texto que sigue al que aquí se comenta, va a resultar como característica personal de Pármeno su sabiduría en cuestiones de curas y remedios, perfumes, brebajes y otros hechizos, con un conocimiento preciso de la nomenclatura de los herbolarios y la farmacopea que en su casa guardaba Celestina.<sup>10</sup> Ahora bien, en los

recetarios de medicina medieval erótica se recomendaba con confianza y con frecuencia un tipo de afrodisíaco que viene a ilustrar con abigarrados destellos el pasaje de Pármeno; afrodisíaco que, según documentos de la época, sabemos se confeccionaba y administraba en la España de aquel entonces.

El historiador de Fernando el Católico, L. Galíndez de Carvajal, nos cuenta la siguiente anécdota: "En este año [1513] por el mes de marzo adolesció el Rey Católico en Medina del Campo, ... que se había ido a holgar con la Reina Germana su muger, de un potage frio que le hizo dar la Reina, porque le hicieron entender que se haría preñada luego ... de la cual enfermedad al cabo ovo de morir el dicho Rey Católico."<sup>11</sup> Sexagenario era por entonces el rey Fernando. Que el potaje fuera un estimulante sexual, nos lo confirma el historiador Pedro Mártir de Anglería, quién a su vez nos aclara que estaba confeccionado a base de testículos de toro: "Catholicus Rex habendae prolis, masculinae praeciue, est cupidissimus ... Sumpsisse ibi dicitur cibaria quaedam ed [sic] Venerem facientia. Putavit, eo medio fore, ut uxor graveretur. Eo inscio conditi taurini testes in escam fuerunt expositi ad rem optandam."<sup>12</sup>

Aparte de que el rey deseara descendencia--preferiblemente masculina --, compréndase que la intención procreadora exculpaba de pecado mortal a los casados que usaban afrodisíacos; ilícitos, si sólo se pretendía con ellos excitar la libidine. Se enseñaba en *Las Siete Partidas*: "Excusanza han el marido et la muger a las veces de no pecar quando yacen en uno ... quando se trabaja el varon por su maldat, porque lo pueda mas facer comiendo letuarios calientes e haciendo otras cosas, et en esta manera peca mortalmente; ca muy desaguisada cosa face el que quiere usar de su muger tan locamente como farie de otra mala muger, trabajandose de facer lo que la natura nol da" (Part. 4, tit. 2, l. 9).

Para Angel Alvarez de Miranda la anécdota del rey Católico era una manifestación de la magia y medicina asociadas al toro en la Península Ibérica; para él, lo importante de la anécdota era "la creencia popular de las virtudes genésicas de que es portador el toro," añadiendo que "recetas más o menos semejantes se leían en libros de la antigua medicina clásica, y hombres cultos, como el propio Cristóbal Colón, les prestaban asenso."<sup>13</sup>

Quiero aclarar que el poder afrodisíaco de los testículos de toro se garantizaba más allá de los Pirineos. Antonio Mizaldo, en una obra publicada en Frankfurt en 1599, recetaba como estimulante sexual, para el hombre y la mujer, el testículo árido de un toro que fuera completamente rufio.<sup>14</sup> Sin duda el color rojo era para el autor indicativo de la mayor potencia sexual del bicho.

Plinio el Viejo que, como vimos, recomendaba los huevos como excitantes venéreos, recomendaba también los testículos de caballo y el testículo derecho de un asno (animales de grandes atributos sexuales): "Coitus stimula[ant] ... testuculi equini aridi, ut potioni interi possint, dexterve asini testis in vino potus" (*Historia* 28, 80). Multiforme fue la influencia de Plinio sobre los medievales, y fue muy grande entre los médicos, como puede verse por los recetarios. Marcelo Empírico, por ejemplo, de

cuya obra se hizo la edición príncipe en 1536, recogió y propagó las creencias sobre los huevos y testículos según Plinio, con algún ligero toque personal.<sup>15</sup>

Otros escritores medievales declararían sus preferencias por los testículos de otros animales. Dice Alan H. Walton: "In the writing of Paulinus--which were very popular during medieval times--the items most cited include: the urine of the bull, the excrement of poultry (especially the hen), the testes of the hare and the stag, the penis of the donkey ..."<sup>16</sup> San Alberto Magno, preclaro entre los intelectuales, teólogos y alquimistas del medievo, compartía y propagaba la creencia de que el hombre podía fortalecer sus órganos mediante la alimentación a base de los órganos semejantes de algunos animales; así lo explica Harry E. Wedeck: "The lion's bravery resides in the lion's heart. Hence the eating of the heart, by a kind of sympathetic transference, will render the human consumer equally courageous. So the procedure extends throughout the entire amatory field ... Goose testes and the stomach of a hare, well seasoned with spices, are amatory aids ..."<sup>17</sup>

"¡O qué comedor de huevos asados era su marido!" ¿Huevos, testículos? A la mayor parte de los lectores de *Celestina* no se habrá escapado la asociación. Aun hoy hay muchos que en Castilla le encargan los *huevos* al carnicero. Y no sé por qué los diccionarios castellanos no dan entrada, bajo 'huevos', a su corrientísima acepción como testículos en el habla de tantos, de cada día. ¿Demasiado vulgar? Que lo indiquen. ¿Que no existe en otras lenguas romances tal acepción traslaticia? No importa; que yo sepa, existía en el latín tardío, y si fue digna del glosario de Du Cange, ¿por qué no del de la Real Academia? Se lee en Du Cange: "*Ova*, pro testiculis apud Pseudo Ovidium lib. 2. de vetula, initio de semiviris."<sup>18</sup> Es bien sabido que los conquistadores, contemporáneos de Pármeno, llevaron consigo al Nuevo Mundo *huevos*, para significar testículos, y en aquellas tierras arraigó e imperó la acepción hasta tal punto, que en naciones como México a los huevos se les dice *blanquillos* (los de ave).

Es forzoso, por otra parte, reconocer que en nuestros textos literarios castellanos no contamos con ejemplos en los que *huevos* se emplee con acepción clara de testículos (tan clara como la del referido texto latino *De Vetula*). Su ausencia en nuestros textos es más conspicua, por ser su presencia tan frecuente en la calle. Algunos textos de los que aduce el profesor Gillet merecen interpretarse con tal acepción, legítima, si no obligatoria, dado el ambiente germanesco y de bajo erotismo del contexto. En el pasaje de Pármeno, el sentido doble, ambivalente, sugestivo, enriquece la ironía, colorea y aviva la sátira. Como consecuencia, todos los elementos que se mencionan resultan más chocantes, más grotescos, desde los perros hasta las piedras, desde la "alegra cara" de la alcahueta hasta los "huevos asados" de su marido. El cuadro total no podía ser más surrealista, más digno del trastornado pincel de El Bosco, o del penumbroso de Goya.

Abundando en la acepción traslaticia de *huevos*, valga la observación de que en los recetarios antiguos y medievales, desde el de Plinio hasta el de Mizaldo, se especificaba que los testículos debían secarse--*aridi*--

y pulverizarse, para ingerirlos como poción. Sin duda que no era sino poción el "potage frio" de que hablaba Galíndez de Carvajal. Nótese que la palabra latina por asado--*assus* significa también "seco." De todas formas, para secar y pulverizar los testículos, habría que asarlos primero. Y he aquí cómo se nota que Pármeno estaba muy al tanto de la culinaria medico-mágica.

Pero, ¿con qué fin comía huevos asados el marido de Celestina? No convence que el viejo alcahuete estuviera locamente enamorado de la "puta vieja." Al-Nefzaoui, el tunecino citado más arriba, hace unos comentarios muy convincentes y que podrán ayudarnos a conceptualizar al marido de Celestina como un marido impotente. Impotente por la edad (piénsese en el sexagenario Fernando el Católico), pero, sobre todo, impotente por el disgusto que naturalmente sentiría por la "puta vieja," en la que solían descargar herreros, carpinteros, labradores y todo bicho viviente. Dice el tunecino: "The impossibility of performing the coitus, owing to the absence of stiffness in the member, is due ... to a feeling of jealousy, inspired by the reflexion that the woman is no longer a virgin, and has served the pleasures of other men" (p. 240). Podemos ver en la sátira de Pármeno, pues, un doble filo: la promiscuidad indiscriminada de la "puta vieja," y la irremediable flaccidez del viejo alcahuete. Guiados por el texto mencionado de *Las Siete Partidas* comprendemos que se trataba de un hombre que comía *huevos asados*, porque "querie usar de su muger tan locamente como farie con otra mala muger," un hombre que "en esta manera peca mortalmente," por esforzarse en hacer lo que "natura nol da."

En el epigrama de Pármeno se entreven ciertos tonos funerarios--si no macabros--que nos hacen pensar en la fatalidad del filtro, por un lado, y en la creencia de los antiguos de que la copulación con viejas era letal, por otro. "¡Qué comedor de huevos asados era su marido!" Un somero repaso a los recetarios de afrodisíacos, a los repugnantes y nefarios compuestos--bazofias de alcahuetes y brujas--<sup>20</sup> casi hace enfermar al lector, por lo que no es extrañar que volviera loco al consumidor, si no lo mataba; baste mencionar los casos del poeta Lucrecio (y Dido), el rey Fernando y el de Wallenstein.<sup>21</sup>

Las amonestaciones contra los filtros son abundantes, desde Ovidio (*Ars amandi* 2, 105-6) entre los romanos, hasta Avicena, el príncipe de los médicos árabes; desde éste (principios del siglo XI), hasta el jesuita, profesor de Salamanca, Martín Del Río (principios del XVII).<sup>22</sup> Que fuera considerada letal la copulación con mujeres que habían pasado la menopausia, era creencia antigua recogida en *Las mil y una noches* (noche 453): "la mujer vieja es un veneno mortal," decía la sabia Tauadud.<sup>23</sup>

Mediante un profundo sondeo en la tradición literaria y medico-mágica, he tratado de reconstruir el marco de la mentalidad y la cultura eróticas de la época de *Celestina*, con el fin de realizar las reverberaciones artísticas y la potencia satírica del cántico de Pármeno a la "puta vieja alcoholada," y en él, la función catalítica e integradora de la frase "¡Qué comedor de huevos asados era su marido!" La época de Pármeno ha sido caracterizada por un historiador de la medicina, en España, como "an era when aphrodisiacs and love philters were the mainstays of libidinous

dealings." Comentando sobre Celestina, en particular: "Celestina herself on a certain occasion alluded to 'the impotency I am able to bring about' by means of her charms and to the recoveries she could similarly effect. She was therefore past mistress in all the secrets of the complicated medieval control of sexual powers."<sup>24</sup>

La enumeración de Pármeno es una gradación ascendente en la que el marido ocupa el supremo escalón patético, por ser él el ser menos indicado para dejarse arrastrar de la lujuria de la "puta vieja." Pero Celestina obraba en su marido el nefando portento a base de afrodisíacos, con los que la pasión del marido se hacía--según *Las Partidas*--tan mortalmente pecaminosa como la de los herreros y labradores; se hacía tan bestial como la de los perros y las ranas. El himno de Pármeno es un telúrico eructo que le sonaba a Celestina a música empírea, y que escuchaba con "alegre cara." ¿Cómo le sonó a Calisto, en cuya edificación se entonaba?

Lo que inspirado y ardoroso recriminaba Pármeno, eso era lo que anhelaba Calisto: si los polvos de la madre Celestina lograban resucitar--¿hasta la muerte?--la flácida libidine del viejo marido, ¡qué no harían en la pujante juventud de Calisto y Melibea!



Grabado. Edición de Valencia, 1514, de J. Joffre.

## NOTAS

<sup>1</sup> *La Eneida traducida*, Bib. Nacional (Madrid), ms. 1874, fol. 130 vto.

<sup>2</sup> Fernando de Rojas, *La Celestina*, ed. Julio Cejador y Frauca, Madrid, 1962. Se cita por esta edición, indicando entre paréntesis tomo y páginas.

<sup>3</sup> Pueden verse en el texto de Pármeno reminiscencias de Virgilio, uno de los escritores favoritos del autor del acto I; el latino evoca en la *Egloga V* una naturaleza que aclama a Dafnis como a un dios, rematando la gradación con "las mismas piedras y los mismos arbustos suenan: ¡dios, dios es aquél" ("ipsae iam carmina rupes, ipsa sonant arbusta: deus, deus ille" [vv. 64-65]). Los antiguos comentaristas, según Servio, comentaban: si las piedras y los árboles le llaman dios, es que lo es.

<sup>4</sup> Dice Goldman: "eggs, especially roasted or hardboiled, are the traditional food of mourning among the Jews. If Celestina's "marido" truly loved her, as a Jew he would then silently signify his grief caused by her infidelity, by eating eggs" (p. 364). La explicación requiere formular y afirmar la hipótesis de que fueran judíos Celestina y su marido, lo cual no consta por ningún indicio literario o textual, y es aventurarse y escaparse por la tangente. Y no es que no encuentre yo tentador hacer judía a Celestina, que exhibe tal destreza y habilidad en su arte, que solo una judía podía conseguir. En *La Lozana andaluza* no se hace la putería práctica exclusiva de judías, ni mucho menos, pero sí se las menciona como las mejores maestras (cf. Mamotreto V, p. 47 en la ed. de B. Damiani; cf. Sanford Shepard, "Prostitutes and Pícaros in Inquisitional Spain," *Neohelicon*, 3 [1975], 365-372; la misma cuestión vista en un contexto más universalista, en Harry E. Wedeck, *Love potions through the ages. A study of amatory devices and mores* [New York, 1963], p. 235). Pero "lo judaico" es una tentación que nos distrae del texto, y que nos nubla la visión del exaltado y multiforme erotismo que pretende darnos Pármeno.

<sup>5</sup> *Sátiras I*, 55 ss. Juvenal ridiculiza al marido que, ansioso de la ganancia, con la nariz en el vaso, roncaba, pretendiendo dormir, mientras la mujer entretenía al cliente; otros textos afines en Horacio, *Odas* 3, 20 ss., y Ovidio *Amores*, 2, 5, 13 ss.

<sup>6</sup> Ausonio, *Epigramas* 93 (en *Monumenta Germaniae Historica*, Auct. ant., V, p. 220). E. Rodríguez-Solís da esta traducción: "Tú eres varón sólo a medias, Zoila, te has casado con una cortesana. ¡Cuanto vais a lucrarse uno y otro! Tu mujer recibirá de su amante, y tú del suyo" (*Historia de la prostitución en España y América* [Madrid], p. 29).

<sup>7</sup> Por principio es inaceptable la corrección de un texto con base en una traducción a una lengua extranjera, y eso es lo que propone Gillet. En 1506 apareció en Roma una traducción de *Celestina* a cargo de Alfonso Ordóñez, en la que la expresión de Pármeno era: "o que comandador de boni arrosti era suo marito" (enmendada a su vez en la ed. de Venecia 1535: "o



que commandator de obi ..."). No sabemos qué movería al traductor a trocar *comedor* por *comandator*, y *huevos* por *boni*; el caso es que en 1549, entre los refranes coleccionados por Pedro Vallés, aparece la doble formulación *Comedor / o comendador de huevos asados* (*Libros de refranes* [Madrid, 1917], cit. por Gillet, p. 145). Nada nos impide creer que la doble expresión es perfectamente sinonímica, posiblemente procedente de la de Pármeno en sus varias versiones. El italiano *comandare* (algún alimento) equivale, perfectamente, a nuestro *ordenar* (que sirvan algo de comer), con lo que la traducción no distaba del original. Más tarde, a comienzos del siglo XVII, la frase sufriría otra alteración en el *Vocabulario de refranes* de Gustavo Correas: "Encomendador de güevos asados" (cf. Gillet, p. 145), alejándose así cada vez más de la usada por Pármeno. Correas explica que la expresión se predica de uno "por muy cornudo," a quien se le encomendaban los huevos que se ponían a asar, con el fin de que no se quebraran, porque con los cuernos podía defenderlos. La explicación es insustancial y, como reconocía el mismo Gillet, evidentemente viciada. Por otra parte, difícilmente cabe el concepto de marido "cornudo" en el contexto de Pármeno, en el que la prostitución de Celestina era celebrada por su *notoriedad*.

<sup>8</sup> Según Alan Walton, "Cantharides was used, not only exclusively, but also carelessly. This 'Spanish Fly' or *Lytta Vesicatoria* L., was made up in sweetmeats, chocolates, and similar confections; it was also cooked in cakes and biscuits" (*Aphrodisiacs. From legend to prescription* [Westport, Conn., 1958], p. 106).

<sup>9</sup> Abundan entre los árabes las referencias a la virtud afrodisíaca de los huevos; no se pone en duda la opinión de Walton, cuando dice que España debió jugar el papel de retrasmisora de estas creencias a otras partes de Europa (v. arriba, nota 8, p. 95).

<sup>10</sup> Remito al lector a las numerosas y documentadas notas de Cejador (I, 72-86, especialmente), y a M. Laza Palacios, *El laboratorio de "La Celestina"* (Málaga, 1958). Más información bibliográfica en la nota 24, más abajo.

<sup>11</sup> *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*, BAE (Madrid, 1878), tomo LXX, pp. 560 ss.

<sup>12</sup> *Opus epistolarum*, Petri Martyris Anglerii, Amstelodami, apud Daniel-em Elzevirium, 1670: epist. 531, pp. 290, 291 (citado por Angel Alvarez de Miranda, "Magia y medicina popular," en *Obras* [Madrid, 1959], vol. II, p. 28).

<sup>13</sup> "Magia ...," p. 29. Sobre la anécdota comentaba sardónicamente Fernando Sánchez Dragó: "Una vez más, como en las Guerras Púnicas, la magia del toro ibérico salvaba los destinos peninsulares" (*Gárgoris y Habidís. Una historia mágica de España* [Madrid, 1979], II, p. 33).

<sup>14</sup> "Si tauri omnino rufi aridum genitale in plüverem convertatur, et ex eo pondus aurei unius mulieri in vino vel iusculo quopiam propinetur, fastidum coitus illi adferet, sicuti scripsit Rasis. Idem pulvis idoneis me-

dicamentis commixtus, languidam ac sopitam venerem in viris excitat, Marcello Empirico auctore" (*Centuriae IX*, 3, 30). No me ha sido posible consultar al médico árabe Rasis (Al-Razi), 865-925). He podido comprobar que Marcelo Empírico no recomendaba los testículos de toro con tal finalidad, sino los de tejón (cf. nota siguiente). Por otros textos sabemos que si el toro era manso, sus testículos podían resultar anafrodisíacos (cf. H. Wedeck [n. 4, arriba], p. 227).

<sup>15</sup> *De medicamentis libri*, 33, 6-7; esta obra gozó de gran favor entre los médicos. A los más flojos en cuestiones de sexo les amonestaba Marcelo que los testículos podían serles más eficaces, y rápidos, que los huevos: "Venerem conciliant passeris in cibo sumpti et ova eorum ... Qui in venerem infirmior erit, testiculos milonis ex aqua fontana, quae perennis est, cum melle decoctos edat ieiunus per triduum; statim remediabitur."

<sup>16</sup> *Aphrodisiacs* ..., p. 99. Sobre la continuidad en la transmisión del recetario culinario comentaba H. Wedeck: "The traditions associated with the ingredients were manifestly read and studied and pondered over and memorized through the ages, and subsequently transmitted to later centuries. So that by the Middle Ages there had been accumulated an immense reservoir of available constituents: human and animal matter, herbs, genitalia, liquified elements, excrements" (*Love potions* ..., p. 175).

<sup>17</sup> *Love potions* ..., pp. 226-27. De acuerdo con tales supersticiones, no resultará extraño que se mencionen animales a los que se creía dotados de gran potencial sexual, como el ciervo y el gallo. Wedeck refiere, asimismo, algunas prácticas de los tártaros, traídas a occidente por exploradores y viajeros: "Asiatic races were long known for their sexual prowess. Hence the West, through travelers and explorers and adventurers, was eager to acquire such knowledge in its own interest. In the case of the Asiatic Tartars, there were accounts of their strange practices. In one instance, they used the membrum of the wild horse for its reputed high content of vital fluid. The genitalia of the stag, itself considered an extremely libidinous animal, were similarly regarded" (pp. 160-70). Loren MacKinney, en *Early medieval medicine with special reference to France and Chartres* Baltimore, 1937) dice: "the testicles of roosters were used as a remedy for impotency" (p. 32). John Davenport dice del médico francés Mery (autor de *Traité universel des drogues simples*) "confidently prescribes ... the partes genitales of a cock" (*Aphrodisiacs and Love stimulants* [New York, 1966], p. 27), como estimulantes amatorios.

<sup>18</sup> *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, s.v. OVUM. El poema latino *De Vetula* o *De Mutatione Vitae* fue considerado por mucho tiempo como de Ovidio; hoy se cree haber sido escrito en Francia en el siglo XIII (cf. Dorothy M. Robathan, *The Pseudo-Ovidian 'De Vetula'* [Amsterdam, 1968], edición con comentarios y notas).

<sup>19</sup> Debo aclarar que Peter Goldman consideraba el comentario de Gillet "elusive," "ignoring the possible phallic innuendo of the word 'huevos'" (p. 363), que él mismo pasa por alto en su artículo. Véase la ambigüedad de sentido y la insinuación fálica en este estribillo que recoge S. Cirac Estopañán (*Los procesos de hechicería en la Inquisición de Castilla la*

*Nueva [Tribunales de Toledo y Cuenca]*, [Madrid,] 1942, p. 191, según cita Gillet, p. 146):

Huevos cocidos,  
para nuestros maridos,  
huevos asados,  
para nuestros enamorados.  
Al carnero,  
para mí le quiero.

<sup>20</sup>Estos comentarios de H. Wedeck podrán servirnos para reconstruir un ambiente que los siquiátras y la farmacia moderna han desplazado: "Frequently consulted on erotic difficulties were the ubiquitous witches who flourished in the Middle Ages throughout the European continent. In the literature of these middle centuries their amatory brews are used in a variety of passionate situations, to inspire love, to divert it into strange channels, and, sometimes, to crush it. On occasion the repulsive and abhorrent ingredients, both animal and human, are noted with a kind of macabre relish. But the urgent suppliant, bent on his lustful self-appointed mission, rarely hesitated on that account. On the contrary, the rare or obscene nature of the brew was like an added spurt to his frantic libido: and the more distasteful the composition, the more intense the lustfulness that was so inspired" (*Love potions ...*, p. 241).

<sup>21</sup>Sobre Lucrecio, cf. A. Reifferscheid, *C. Suetonii Tranquili reliquiae* (Lipsiae, 1860), pp. 38-39. Sobre el filtro de Dido, cf. Virgilio, *Eneida* 4, 513-16. Sobre el caso de Wallenstein y otros, cf. J. Davenport, *Aphrodisiacs ...*, pp. 40 ss.

<sup>22</sup>Dice Jules Michelet: "The Arab philosopher Avicenna maintains that the prodigious outbreak of diseases of the skin which mark the thirteenth century resulted from the use of those excitants whereby men at that period sought to awake, or to revive, the flagging energies of love" (*Satanism and witchcraft. A study in Medieval Superstition* [New York, 1939], p. 78). Desde el siglo trece al diecisiete poco habían cambiado las cosas, según nos atestigua Del Rio: "Si vero dentur [philtre] in potum et cibum, solent ut plurimum valetudinem vehementer debilitare, et de statu mentis deicere, quia eorum ingredientia solent esse ad modum periculosa: ut fluores menstrui, sperma (ut patet ex vetulis libris Poenientialibus) cerebrum felis, vel asini pulli, uterus hyenae, virga lupi, remora, ossa rubetae, scinci, et prae caeteris (quod vocant) Hippomanes" (*Disquisitionum magicarum libri sex* [Lugduni, 1612], p. 162).

<sup>23</sup>Richard F. Burton, en su edición *The Book of the Thousand Nights and a Night* (s. f.), vol. V, p. 225, n. 3, habla de la antigüedad de tales creencias.

<sup>24</sup>Félix Martí-Ibañez, "The Medico-Pharmaceutical Arts of *La Celestina*: A Study of a Fifteenth-Century Spanish Sorceress and Dealer in Love," en *Centaur: Essays on the History of Medical Ideas* (New York, 1960), p. 163. El artículo fue publicado por vez primera en la revista *International Record of Medicine and General Practice Clinic*, 169 (1956), 233-249, y más

tarde con el título de "The Magical Arts of *LC*" en *M. D.* (Oct. 1967); 11-16. En el mismo pasaje citado comentaba el autor: "An age of prudery always produces persons whose mission is to make a mockery of the harsh moral austerity surrounding them. Celestina or Don Juan never could have existed in ancient Greece or during the Renaissance, for they are the offspring of periods of intense sexual repression, such as existed in fifteenth century Spain."



Calisto en el huerto de Melibea. Ilustración a la edición [1979] húngara. Artista: Gyula FELEDY.